

CAPÍTULO VII

LA ÚLTIMA DERROTA DE SANTA ANNA

La administración de Mariano Arista llegó a su término, el 5 de enero de 1853, después de dos años de lucha, cuando las múltiples revueltas inconexas en el país se unificaron en el Plan del Hospicio (Guadalajara, 29 de octubre de 1852) que exigía la remoción del presidente, la convocatoria de un congreso constitucional y el regreso de Santa Anna. El plan apoyado por el clero, la armada y los ricos terratenientes, combinado con la presión en contra de Arista ejercida por la prensa de todas partes, lo forzó a presentar su renuncia al cargo.

El Congreso que se mostraba altanero ante Arista se ofendió por la adhesión del presidente interino Juan B. Cevallos, al Plan del Hospicio y por la convocatoria que éste formuló para un congreso extraordinario. Además, confundió sus poderes cuando trató de llevarlo a juicio por sus actos y Cevallos lo disolvió el 19 de enero de 1853.

En unas semanas más Cevallos renunció, por voluntad, como se esperaba y una junta de generales colocó a Manuel María Lombardini como presidente sustituto hasta las elecciones regulares a celebrarse el 17 de marzo, fecha en la que Santa Anna sería escogido una vez más para dirigir los destinos de la nación.¹

Santa Anna designó a don Lucas Alamán como ministro de relaciones exteriores. Los dos hombres se entendían bien. Alamán había ayudado a traer a Santa Anna al poder, no porque fuera su amigo o confiara en él, sino porque Santa Anna era un hombre fuerte a quien podía utilizar para ejecutar sus ideas. Éstas eran, en forma breve: la destrucción del sistema federal, la restauración del respeto por la autoridad, y el establecimiento de un principio extranjero en el trono de

1 Bravo Ugarte, *op. cit.*, pp. 206-209.

México. Santa Anna, por su parte, declaró en sus *Memorias* que Alamán no había sido su amigo y que le dio el cargo nada más porque estaba buscando hombres capaces.²

Sin embargo, Álvarez se exasperó por la inclusión de Alamán en el Ministerio, tal como se demuestra por esta declaración de Santa Anna:

Al general don Juan Álvarez [alias la Pantera del Sur] no agradó el nombramiento de don Lucas Alamán y se tomó la libertad de manifestármelo con estas palabras: "Alamán fue miembro del Ministerio culpado de haber asesinado jurídicamente al Benemérito general Guerrero, y no merece ocupar puesto público.

Santa Anna señala que trató de que Álvarez olvidara sus rencillas, pero que atribuyó a temor sus razones y que le replicó altanero: "Si Alamán continua en el Ministerio, el Sur se pondrá en armas". Al referirse a la amenaza de Álvarez expresó: "Desde aquel momento hubiera regresado de muy buena gana al retiro de Turbaco, si el honor y el deber no me detienen. Deploré con amargura la hora fatal en que dejé el lugar en donde me acostaba y levantaba tranquilo; e impulsado por las obligaciones me dediqué a su cumplimiento".³

De la capital de Guerrero el 13 de enero de 1853, el fiel amigo y secretario de Álvarez, José Gómez, le escribió a Riva Palacio diciéndole que Álvarez y su esposa habían estado gravemente enfermos durante varias semanas. Él estuvo al lado de ellos cerca de veinte días y estaría todo el tiempo necesario hasta que Álvarez se recuperara. Gómez señalaba que el viejo general necesitaba un clima más cálido que el de la ciudad de Guerrero (Tixtla) para poder convalecer. Gómez había escuchado también que en la próxima remesa del correo venía la noticia de que Álvarez había sido relevado de su cargo como comandante

2 Rubert Herring, *A History of Latin America from the Beginnings to the Present*, Nueva York, 1955, p. 324; Santa Anna, *Memorias*, p. 99.

3 Santa Anna, *op. cit.*, p. 100.

general en el Sur, y le rogaba a Riva Palacio que utilizara su influencia para evitar tal decisión, pues traería desorden a la región.⁴

Aun cuando Santa Anna le había pedido a Álvarez “enterrar el hacha”, sus propias acciones desmentían sus palabras. Llegó a la ciudad de México el 20 de abril de 1853 y siete días después mandó a Arista al exilio. Arista había sido advertido de los planes de Santa Anna por Alamán, quien se echó encima la ira del dictador. Sólo que Alamán, tal vez, el único con prestigio capaz de mantener alineado a Santa Anna, murió el día 2 de junio, y con él el último dique capaz de contener a la desmedida ambición de aquél. Díez de Bonilla ocupó el lugar de Alamán y Tornel, ministro de guerra, quien murió el 11 de septiembre, fue reemplazado por el general Santiago Blanco con quien Santa Anna trabajaba cerca para integrar sus designios dictatoriales.⁵

Álvarez se opuso al Plan de Jalisco que trajo a la escena al dictador, señalando que nada se ganaba con el regreso de tal hombre y que lo único cierto es que la situación del país empeoraría. En términos generales la nación recibió a Santa Anna con los brazos abiertos, y Álvarez no le creó problemas en aquel tiempo. Sabía que Santa Anna no lo podía exilar, como lo había hecho con Arista; por lo tanto, mantuvo una actitud nada beligerante, incluso fingiendo aprobar el Acta de Guadalajara de 17 de noviembre de 1853, en la cual se confirmaron los poderes dictatoriales de Santa Anna por un periodo ilimitado de tiempo. Pero Juan Álvarez no estaba dormido; hacía planes de resistencia para evitar el achicamiento de su territorio, que el dictador quería llevar a cabo bajo el pretexto de que estaba protegiendo al país de los invasores.

4 José Gómez a Mariano Riva Palacio, Guerrero, enero 13 de 1853, en el Archivo Riva Palacio, fólger 18. Esta carta confirma las afirmaciones hechas por Álvarez, cuando presidente, sobre lo riguroso que resultaba el clima de la ciudad de México para su salud.

5 Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 209; Anselmo de la Portilla, *Historia de la Revolución de México, 1853-1855*, México, 1856, p. 7.

Por ello, al final de 1853, no era ningún secreto que Álvarez se opondría a Santa Anna. Por esa razón, había invitado a Arista a refugiarse en Guerrero y les había extendido la misma invitación a los miembros del Congreso disuelto por Cevallos. Convocó juntas en sus terrenos de La Providencia, llamó a sus soldados y formó compañías tanto en la Costa Grande como en la Costa Chica y las había equipado con el armamento que le había quitado al general Gabriel Armijo en 1830.⁶

Pero no todos en el sur estaban de acuerdo con Álvarez; incluso en Guerrero existía cierta simpatía por Santa Anna. Cerca de Ayutla, más de 500 hombres organizaron una revuelta en abril de 1853, proclamando el Plan de Jalisco y en contra a la posición adoptada por el estado. Fueron derrotados por el general Tomás Moreno el 8 de abril y huyeron al distrito de Jamiltepec. Álvarez, en este caso, como en otros muchos, se vio precisado a pelear en contra de hombres mal dirigidos para preservar su libertad. Resaltar esta falta de visión fue la carga de su discurso a los habitantes de la Costa Chica cuando trataba de reconciliarlos con los habitantes de la Costa Grande durante la guerra con los Estados Unidos. Un autor señala que Álvarez más que ningún otro en el siglo XIX, entendió por instinto, las necesidades de las clases desposeídas. Esta puede resultar una declaración muy amplia, pero el hecho es que toda su vida peleó contra las lacras de la ignorancia y la superstición, lo que permitió a hombres egoístas mantener a sus conciudadanos del sur en cadenas perpetuas.⁷

6 Lucio Mendieta y Núñez, "La Revolución de Ayutla desde el punto de vista sociológico", en *Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario*, México, 1954; Pérez y Hernández, *op. cit.*, p. 352. Álvarez estaba muy irritado por los decretos de 11 y 14 de mayo de 1853, mediante los cuales los estados perdieron su soberanía ante el gobierno central y se encontraban sujetos a la tiranía de los gobernadores nombrados por Santa Anna.

7 Felipe Tena Ramírez, *Comonfort. Los moderados y la Revolución de Ayutla*, México, 1954, p. 296; Manuel Rivera, *op. cit.*, pp. 417-418.

En consecuencia, Santa Anna odiaba y temía al Estado de Guerrero. Ciertamente resultaba que él había nombrado a los funcionarios del estado, pero éstos habían sido Álvarez y sus seguidores, pues no se hubiera aceptado a otros. Entre él y Álvarez se había dado la mejor muestra de intercambio de cortesías, pero en el fondo se trataba de diplomacia hipócrita en ambos lados. El dictador no fue engañado por el aparente apoyo de Álvarez al Acta de Guadalajara, a pesar de que numerosos historiadores se han esforzado por demostrar que se trató de un acto de perfidia. Lo que dichos escritores revelan, no obstante, es su falta de entendimiento sobre las reglas relativas a la diplomacia, juego rudo que practican los hombres desde el comienzo de la historia.⁸

Permítasenos ver a Álvarez, en este momento, a través de la óptica de José de la Luz Palafox, quien estaba en el sur durante los primeros días de la lucha, disfrutando de la amistad y confianza del viejo general. Declaró que Álvarez era el corazón y alma del movimiento en contra de Santa Anna y así lo caracterizaba:

Hombre de talento natural bastante despejado; patriotismo ardiente hasta rayar en una especie de fanatismo; corta instrucción; humildad que le hacía confesar y quizás exagerar su ignorancia; perspicacia y tacto para conocer a los hombres, aunque alguna vez cegado por el cariño, incurría en graves errores; suspicacia casi excesiva; amor y respeto a la familia; lealtad para con sus amigos; gratitud a los que lo habían favorecido o estimado; valor y serenidad en los peligros; probidad y hombría de bien.⁹

Se puede imaginar la reacción de un hombre de naturaleza tan emotiva cuando se enteró del propósito de Alamán y sus seguidores de llamar a Santa Anna de regreso a México. De alguna manera, Álvarez tuvo una copia de la carta de Alamán a Santa Anna en la que se declaraba a sí mismo no sólo como enemigo de la federación sino de cualquier sistema representativo. Tener esta confirmación del hombre que odiaba como el asesino de su mejor amigo y héroe puso a Álvarez como alma en pena. De agregarse que alguien le informó de la capital

8 Anselmo de la Portilla, *op. cit.*, p. 37; Tena Ramírez, *op. cit.*, p. 296.

9 Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, p. 826.

que cuando Santa Anna le consultó a sus ministros que podía hacerse con el sur, Alamán le respondió que le dieran confianza al otorgarle a sus hombres cualquier cosa que les satisficiera excepción hecha de las armas y los implementos de guerra. Más aún su informante le mencionó que Alamán también le había advertido: “A Juan Álvarez le llegará su momento como le sucedió a Guerrero”.

La naturaleza suspicaz de Álvarez le dio crédito total al informe y ni siquiera la muerte de Alamán aminoró su convicción de que la administración era un enemigo funesto que debería tomar en cuenta. La sagacidad innata le hizo fingir lealtad en un momento en que debería actuar sobre los planes de su enemigo y llegó tan lejos hasta aceptar el cargo de Comendador en la Orden de Guadalupe, que con toda pompa y esplendor resultó una aberración para un hombre que se encontraba a sus anchas en la modestia y la sencillez.¹⁰

Álvarez sabía cómo jugar su papel. Bajo sus órdenes, Moreno y Diego Álvarez, con habilidad, suavizaron la revuelta en contra del gobierno estatal en abril de 1853, movimiento incitado por agentes de Santa Anna y trescientos prisioneros fueron a dar a los calabozos del fuerte de Acapulco. Así le demostró a Santa Anna que no le temía ni a él ni a sus seguidores y que tenía la capacidad de hacerse cargo de los asuntos locales sin ayuda de la capital. Santa Anna había ofrecido enviar tropas para ayudar a reprimir el levantamiento pero, en realidad, con órdenes para unirse a los rebeldes y ganar el control del estado. Álvarez, alerta, declinó aceptar la ayuda propuesta y Santa Anna se molestó de que el astuto gobernador de Guerrero lo hubiera visto ver su suerte.¹¹⁻¹²

10 *Ibid.*, p. 826.

11 *Ibidem.* Cerca del final de 1853, Santa Anna envió al coronel Zambonino a asumir el control militar de Acapulco, pero pronto se dio cuenta que el poder con que estaba investido era ilusorio “pues las tropas sólo obedecían a Álvarez”. Tena Ramírez, *op. cit.*, p. 297.

12 Manuel Rivera, *op. cit.*, pp. 476 y 479. El coronel Francisco Cosío Bahamonde era el comandante de las tropas de vanguardia que entraron a Chilpancingo. Había apoyado a Guerrero en 1831 y se convertiría en su amigo, pero no así sus hombres.

Por varios meses, el gobierno había solicitado que Florencio Villarreal compareciera a la capital para responder a los cargos de mala conducta como comandante en la Costa Chica. Al presentir el inminente problema en que se encontraba, desobedeció las órdenes pretextando enfermedad. Al final, el gobierno ordenó al comandante militar en Oaxaca, que capturara a Villarreal, vivo o muerto, pues se habían enterado que entró en componendas amistosas con Faustino Villalba, quien amenazó con levantarse en armas al frente de 150 hombres en Cacahuamilpa. Los planes de apresar a Villarreal fallaron, así como los planes de reemplazar a Moreno, quien fungía como gobernador de Guerrero, mientras Álvarez convalecía. El gobierno, pretendiendo ganar la confianza de Moreno, le informó que el conde Gastón de Raoussset de Boulbon y sus piratas seguidores, planeaban atacar a Acapulco. Poco después, el 10 de febrero de 1854, Moreno fue informado que el segundo batallón de Puebla se acercaba al puerto de Acapulco para combatir a los invasores. Su comandante, el general Rafael Espinoza, permanecería allí como superior jerárquico de Moreno. El gobierno estaba satisfecho de disponer de tropas de Oaxaca bajo el mando de Ángel Pérez Palacios, quien reemplazaría a Moreno en caso de que los piratas atacaran.

En lugar de tales sofisticaciones, las autoridades del sur no resultaron sorprendidas, ni cayeron en la trampa que se les había tendido. Moreno abandonó Chilpancingo el 24 de febrero, con rumbo hacia la costa y el mismo día las tropas del gobierno, procedentes de Puebla entraron a la ciudad. De inmediato Espinoza preparó la marcha hacia la costa, pero al recibir noticias que los hombres de Álvarez lo esperaban en las inclinaciones de El Peregrino, decidió detenerse, pues el paso tan angosto entre las inmensas montañas de El Peregrino y el Coquillo resultaba un lugar muy inconveniente para negociar, especialmente con el enemigo que se encontraba en lo alto de las montañas.

La entrada de Moreno al Estado de Guerrero, después de que Álvarez había informado que no requería ayuda, marca el inicio del conflicto entre él y Santa Anna.¹³

Aun cuando Santa Anna trataba de remover funcionarios tales como Comonfort, Moreno y Villarreal con sus propios elementos, Álvarez removía a los funcionarios leales al dictador. A mediados de febrero de 1854, simulando mala conducta en el servicio al general Santa Anna, apresó al primer teniente de marina Sebastián Holzinger y al comerciante Manuel Barrera y los mandó a la prisión. Un pequeño destacamento sorprendió al coronel José María Zambonino, comandante militar del distrito de Acapulco, en sus somnolientos cuarteles, y éste también fue enviado a unirse a Holzinger a la insalubre prisión de Tepetitla. Dichas acciones se llevaron a cabo antes de que se hubieran declarado las hostilidades, como resultaron las instrucciones del Ministro de Guerra, Santiago Blanco al general Ángel Pérez Palacios respecto a Álvarez: "Vigilará vuestra Señoría cuidadosamente al general Álvarez, y declarada la sublevación y satisfecho de que el general don Juan Álvarez sea la causa de ella procurará asegurarlo, mandándole en seguida a la capital; pero esa operación procurará que se haga hábilmente, para que no escape un hombre que puede hacer mucho mal".¹⁴

El 20 de febrero de 1854, llegaron noticias a la capital de que Álvarez había iniciado en forma definitiva una revuelta y por ello el gobierno habíase visto obligado a tomar medidas drásticas en su contra para vigilarlo, consistiendo ellas en cerrar el puerto de Acapulco al comercio extranjero y costero a partir del 2 de marzo y en enviar tropas que convergerían en Guerrero por todas partes. De hecho, los sureños,¹⁵ no

13 Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, p. 830; Zamacois, *op. cit.*, t. XIII, p. 741. La captura que hizo Álvarez de Zambonino y Holzinger causó sensación en la capital donde se comprendieron los motivos del caudillo del sur.

14 Así en el original (N. del t.).

15 Manuel Rivera, *op. cit.*, p. 485; Bancroft, *op. cit.*, p. 647. El gobierno tenía 40,000 soldados y el apoyo de los mejores generales, así como las rentas ordinarias y el dinero derivado de la venta de la Mesilla. Otra vez había oposición a este poder por

tenían en términos generales planes definitivos para iniciar revuelta y de seguro no tenían recursos financieros para apoyarlo; sin embargo, las duras medidas decretadas en contra de ellos, reforzaron la resistencia. Santa Anna aparentaba que se trataba de un asunto insignificante; pero el hecho de que él mismo hubiera planeado dirigir una fuerza tan considerable en contra de los rebeldes da una clara idea de la seriedad del asunto.¹⁶

El coronel Ignacio Comonfort, quien había perdido su cargo en la oficina aduanal de Acapulco y cuyas creencias políticas eran diametralmente opuestas a las de Santa Anna, se unió a Álvarez y a los insurgentes. Vio la necesidad urgente de un plan que diera amplias garantías al pueblo, pues sus integrantes eran considerados como bandidos. Esto lo discutió con Álvarez en Texca en los últimos días de febrero de 1854, dándole al viejo general al mismo tiempo la lastimosa imagen de las condiciones del país bajo la férula del dictador. Álvarez prometió reunir de inmediato a sus tropas y darle al levantamiento el prestigio de su nombre.

Algunos autores señalan que Comonfort elaboró el Plan de Ayutla, pero lo que sí es evidente es que en la junta celebrada en La Providencia, el 27 de febrero de 1854, y a la que asistieron Juan Álvarez, Diego Álvarez, Eligio Romero, Rafael Benavides e Ignacio Comonfort, surgió un plan que, sin duda, éste auxilió a elaborar. Fue enviado a

unos cuantos pobremente vestidos y mal comidos cuyos ideales los sostenían, no obstante, los amantes de la libertad y quienes tenían fe en un futuro mejor. Rivera, *op. cit.*, p. 485.

16 Felipe Tena Ramírez, *op. cit.*, p. 294; Portilla, *op. cit.*, pp. 50-51. Bravo Ugarte agrega la lista de aquellos que se presentaron a la elaboración del Plan al general Tomás Moreno. Siendo una persona tan ignorante, Moreno tal vez sólo contribuyó con su presencia en aquella reunión, *op. cit.*, p. 219. Santa Anna sabía que Álvarez y Villarreal se habían reunido en La Providencia el 15 de enero de 1854, para discutir la revuelta. Sabía que el día 20 se habían reunido en San Marcos. Esto explica su ansiedad por capturar a Villarreal. Zamacois, *op. cit.*, t. XIII, p. 739.

Villarreal a la Costa Chica y proclamado por el de Ayutla el 10 de marzo.¹⁷

Para comprender los acontecimientos y las razones de Álvarez en su rebelión es necesario mirar el contenido del Plan de Ayutla.

Después del preámbulo que contiene todas las penalidades que ha sufrido el país a manos de Santa Anna, se encuentran los siguientes nueve artículos:

1. Cesan en el ejercicio del poder público don Antonio López de Santa Anna y los demás funcionarios, que como él, hayan desmerecido la confianza de los pueblos, o se opusieren al presente plan.

2. Cuando éste haya sido adoptado por la mayoría de la nación, el general en jefe de las fuerzas que lo sostengan, convocará un representante por cada estado y territorio, para que reunidos en el lugar que estimen conveniente, elijan al presidente interino de la República, y le sirvan de consejo durante el corto periodo de su encargo.

3. El presidente interino quedará desde luego investido de amplias facultades para atender a la seguridad e independencia del territorio nacional, y a los demás ramos de la administración pública.

4. En los estados en que fuere secundado este plan político, el jefe principal de las fuerzas adheridas, asociado de siete personas bien conceptuadas que elegirá él mismo, acordará y promulgará, al mes de haberlas reunido, el estatuto provisional que debe regir en su respectivo estado o territorio, sirviéndole de base indispensable para cada estatuto, que la nación es y será una, sola, indivisible e independiente.

5. A los quince días de haber entrado en sus funciones el presidente interino, convocará al congreso extraordinario, conforme a las bases de la ley que fue expedida con igual objeto en el año de 1841, el cual se ocupe

17 Bancroft, *op. cit.*, pp. 648, 649. El 27 de febrero Álvarez manifestó a sus tropas reunidas en La Providencia que Santa Anna era el ciego instrumento de un partido detestable que había decidido devolver México a España. Los invitó a defender su patria y les dijo: "Veo con gusto brillar en vuestras manos las temibles armas que son el timbre de nuestras glorias y el paladín de las libertades públicas". Mendieta y Núñez, *op. cit.*, p. 146.

exclusivamente de constituir a la nación bajo la forma de República representativa popular, y de revisar los actos del ejecutivo provisional de que se habla en el artículo 2.

6. Debiendo ser el ejército de apoyo del orden y de las garantías sociales, el gobierno interino cuidará de conservarlo y atenderlo, cual demanda su noble instituto, así como de proteger la libertad del comercio interior y exterior, expidiendo a la mayor brevedad posible los aranceles que deben observarse, rigiendo, entre tanto, para las aduanas marítimas el publicado bajo la administración del señor Cevallos.

7. Cesan, desde luego, los efectos de las leyes vigentes sobre sorteos y pasaportes, y la gabela impuesta a los pueblos con el nombre de capitación.

8. Todo el que se oponga al presente plan o que prestare auxilios directos a los poderes que en él se desconocen, será tratado como enemigo de la independencia nacional.

9. Se invita a los excelentísimos señores generales don Nicolás Bravo, don Juan Álvarez y don Tomás Moreno, para que puestos al frente de las fuerzas libertadoras que proclaman este plan, sostengan y lleven a efecto las reformas administrativas que en él se consignan, pudiendo hacerle las modificaciones que crean convenientes para el bien de la nación.¹⁸

El general Florencio Villarreal y sus 400 *pintos* proclamaron el Plan de Ayutla en el pueblo de ese nombre en el distrito de Ometepec, Departamento de Guerrero el 10. de marzo de 1854 y el día 11, fue ratificado con algunas enmiendas en el Fuerte de San Diego donde la guarnición de Acapulco se reunió a invitación del coronel Rafael Solís. “Por una feliz coincidencia el coronel Ignacio Comonfort... se encontraba en Acapulco, dice el informe, que coincide con el estilo del principal creador de un plan y quien apareció como uno de los que fue invitado”. Se envió un comité para asegurar el apoyo de Comonfort y en media hora regresó con la noticia de la aceptación de la comandancia de la plaza.

18 El autor no repara cabalmente en la significación que tiene dicha modificación. Si se hablaba de departamento se aceptaba la estructura centralista. Hablar de estados, por el contrario, tal y como el Plan original consignaba, significaba el propósito de volver al sistema federal. La distinción no resultaba casual (N. del t.).

Los cambios de Comonfort en el fraseo del plan son interesantes por diversos motivos. De acuerdo al artículo 9, no fue invitado para hacer cambios, pero en realidad fue el único que los hizo. Substituyó la palabra estado por la de departamento, pues no quería que una mera palabra incomodara a alguien que pudiera resultar un seguidor de la causa.¹⁹ Limitó los poderes del presidente interino al establecer que el que resultara seleccionado estaría limitado por tener que garantizar derechos individuales. Y, por fin, en la cláusula que establecía que las instituciones *republicanas* eran las únicas que podrían regir una vez que triunfara la rebelión, sustituyó la palabra república por la palabra liberal. Este último cambio hizo que el país quedara sujeto a una serie de nuevas reformas del estilo iniciado por Gómez Farías en los años treinta. Se trataba de un cambio sutil y en apariencia insignificante pero en él estaba sembrado el germen que daría nacimiento a la sangrienta Guerra de Reforma.²⁰

Edmundo O’Gorman, historiador mexicano de nuestro tiempo, señala que la omisión del Plan sobre el asunto religioso es ominoso. No establece nada a favor o en contra, nada acerca de los fueros o tribunales especiales para el clero, pero con toda intención no mira estas cuestiones, para no sembrar semillas de discordia al formular declaraciones que pudieran interpretarse como indicadores de hostilidad a las creencias católicas. Aun cuando, por otra parte, demuestra el deseo de situar el destino político del país más allá del alcance de la iglesia, cuyos intereses habían sido vinculados por Alamán a los del partido conservador.

Más adelante, O’Gorman trae a colación el hecho de que el Plan se dirigió en contra de la persona de Santa Anna y no en contra del sistema

19 Zamacois, *op. cit.*, t. XIII, p. 743; Tena Ramírez, *op. cit.*, pp. 299-303; Bravo Ugarte, *op. cit.* Es posible que Comonfort, un moderado liberal, dado a comprometerse en cuestiones políticas, no se hubiera dado cuenta de las serias consecuencias que traería consigo como resultado de su participación en el Plan.

20 Edmundo O’Gorman, “Precedente de la Revolución de Ayutla”, en *Plan de Ayutla*, México, 1854, p. 176.

como se ha dicho en forma común. La carga de la prueba era simple pues el dictador hacía esto y lo otro y pues pronto volvería al trono.²¹

El Plan de Ayutla resultaba diferente de los demás planes y tal vez se debilitó por el hecho de que contenía las bases para una nueva organización política o social. Sus líderes sólo tenían una idea general de lo que querían (o que estaban dispuestos a revelar abiertamente) y ahí estaba la base de las fricciones y malos entendidos a la hora de la victoria. La importancia del Plan de Ayutla y la razón de su diseminación inmediata radica en el hecho de que era el eco de la mayoría del pueblo mexicano y de que le dio dirección y rumbo a un levantamiento, en realidad, popular en contra de la tiranía.²²

El 11 de marzo de 1854, Comonfort, de acuerdo al artículo 9, invitó a Bravo, Álvarez y Moreno a secundar el Plan. Los dos últimos lo hicieron con mucho entusiasmo. Álvarez fue designado comandante en jefe, con Moreno como oficial siguiente en grado, cuando Bravo rehusó unirse a la revuelta. Don Nicolás, al darse cuenta que su nombre se utilizaba para darle prestigio a la revolución y popularizar el movimiento, emitió una proclama desde Chilpancingo el 10 de marzo, comunicándole al pueblo que deberían permanecer en paz y obedecer las leyes del supremo gobierno si es que su aspiración era la de prosperar. Sólo que Bravo no estaba destinado a ejercer influencia duradera en los acontecimientos. Para el final del mes siguiente ya estaría en su tumba, y la revolución en pleno vuelo guiada por su viejo oponente.²³

Comonfort, sabedor del espíritu de independencia de los *sureños*, emitió una proclama en Acapulco el día 11 de marzo enfatizando la

21 Mendieta y Núñez, *op. cit.*, pp. 27 y 28. Otra faceta por la cual esta revolución fue diferente, es el hecho de que no contó con la ayuda del ejército. Por ello, Santa Anna no pudo seducir a sus líderes. Tena Ramírez, *op. cit.*, p. 306.

22 Manuel Rivera, *op. cit.*, p. 448; Zamacois, *op. cit.*, t. XIII, p. 746. Bravo y su esposa murieron el mismo día, 22 de abril de 1854.

23 Pérez y Hernández, *op. cit.*, pp. 50-52.

necesidad de los insurgentes de obedecer los designios de sus líderes, y desde Venta Vieja, Álvarez le envió noticias a Comonfort el día 15, solicitando su adherencia a la causa y estableciendo que el ejército debería ser denominado como *El Ejército Restaurador de la Libertad*. A Comonfort le expresó su confianza de que el Plan tendría aprobación en la República y agregó: “Estoy dispuesto a dar a mis compatriotas una prueba final de mi amor a su bienestar”. Entonces ofreció respetar la reforma que la nación estimase necesaria y declaró no descansar hasta que el trabajo estuviera realizado o que ya no fueran indispensables sus servicios.

Era ya momento de la proclamación y declaración de parte del gobierno y también de los insurgentes. El 14 de marzo se produjo otra proclama de Álvarez, quien se encontraba en *El Peregrino*. Con gusto encabezaría la revolución pues a pesar de las enfermedades, el viejo soldado de la independencia no podía estar indiferente ante los peligros del país. Santa Anna, hombre déspota por naturaleza, había traicionado la confianza del pueblo y cedido a las formas persuasivas del partido que había cortado la cabeza de Vicente Guerrero. Santa Anna sabía que el sur era el baluarte de la libertad y estaba utilizando todos los recursos de la hacienda pública para aplastar los últimos vestigios de libertad. Álvarez llamó a sus soldados para que le ayudaran a llevar la guerra hasta la silla del dictador.

En nueva muestra de patriotismo, Álvarez inició, el 15 de marzo, una andanada en contra de la prensa oficial, la que había proclamado al mundo que los hombres de Guerrero eran unos traidores y que protegían en sus tierras a los piratas que recientemente habían invadido la Baja California. Revisando los cargos de que el conde Raousset los apoyaba en Acapulco, Álvarez afirmó que era Santa Anna quien resultaba traidor por sus conexiones con el noble francés al pedirle que acudiera a la capital, para ofrecerle una medalla del ejército mexicano y protegerlo cuando las manos del aventurero todavía tenían sangre fresca de los mexicanos asesinados en Sonora. Luego, se dirigió a los

hombres de Santa Anna: “¡Soldados que militáis bajo las banderas del dictador! Meditad un momento en la causa que defendéis y por lo que vais a morir: es la causa de un solo hombre, por cuyo único engrandecimiento se ha derramado ya tanta sangre de nuestros compatriotas”. Adelante se dirigió también a sus propios hombres para indicarles: “¡Soldados del Sur! Ya veis que el general Santa Anna, para hostilizarnos, apela a una negra y atroz calumnia. Que la respuesta sea el silbido de nuestras balas, y que en todos nuestros desfiladeros y montañas resuene este grito de guerra suriano: ¡Viva la libertad!, ¡Viva la independencia!, ¡Mueran los verdaderos traidores!”²⁴

Las desventajas que Álvarez tuvo que enfrentar al inicio de las hostilidades fueron enormes. Bancroft le acredita a Santa Anna tener 40,000 hombres y todos los recursos del erario, que incluían los millones recibidos por la venta de la Mesilla. Muchos de los fieles defensores del liberalismo estaban en el exilio o en prisión, lo que fortalecía al dictador. Veamos las fuerzas disponibles antes de que se iniciara la titánica batalla en el sur, comparando su tamaño y dónde se encontraban localizadas:

FUERZAS GUBERNAMENTALES

1. General Ángel Pérez Palacios, con cuartel general en Chilpancingo; fuerte en más de 3,000 hombres de todas las armas;
2. General Luis Noriega, marchando de Jamiltepec, Oaxaca, sobre Ometepec Guerrero, con misión de operar en la región de Ayutla. Las fuerzas de esta brigada constaban de infantería y caballería, sumando más de mil hombres.
3. Coronel Francisco García Bahamonde, al frente de una sección operativa marchando de Morelia sobre Huetamo, con misión de cubrir Tierra Caliente y vigilar la zona: Huetamo, Coyuca de Catalán, Ajuchitlán y Cutzamala.
4. Fuerza destacada de los departamentos limítrofes de México y Puebla para reforzar las guarniciones fronterizas con el departamento de Guerrero, y

24 Bancroft, *op. cit.*, p. 649; Mendieta y Núñez, *op. cit.*, pp. 148, 149.

5. General Santa Anna al mando de la División de Operaciones en el eje de Iguala-Chilpancingo-Acapulco, y con misión de recuperar este puerto y batir al núcleo principal rebelde a las órdenes de Álvarez, Moreno y Comonfort.

FUERZAS INSURGENTES

1. Coronel Comonfort, en Acapulco, contando con poco menos de 500 hombres.

2. Coronel Florencio Villarreal, en las márgenes del río Papagayo defendiendo el paso en el "Coquillo", con el Batallón de Ometepec, Batallón de Acapulco y Compañías de Cuauhtepic, aproximadamente 700 hombres de infantería.

3. General Juan Álvarez en la "Cuesta del Peregrino" con elementos difíciles de precisar y en plena organización.

4. En Costa Grande y Tierra Caliente, los guerrilleros Tabares, Berdeja y sobre todo el antiguo insurgente don Gordiano Guzmán reclutando adeptos y organizándolos.

5. En la región de Mezcala, Faustino Villalba, con guerrillas operando entre el paso del Mezcala, a la altura del pueblo del mismo nombre y Balsas, y

6. Numerosos guerrilleros operando en la región de Cuauhtepic, Ayutla, San Marcos, Agua Zarca, Peña, Mochitlán, Quechultenango y Chilapa.²⁵

Sin embargo, no todo estaba a favor de Santa Anna, lo que puede demostrarse con la descripción de la guerra en Guerrero tal y como la concibieron los seguidores de Álvarez. Emilio Velasco pronunció un discurso en 1871 en que deja claro que no había batallas en campo abierto, ni sitio de ciudades. Había –señalaba– una terrible guerra de guerrillas que devoraba a los más formidables ejércitos: "Hoy día se trata de trabajadores comunes, mañana de soldados. Un día están todos juntos, al siguiente, organizan una desbandada en mil pedazos. Es una guerra de arbustos y sorpresas –señalaba Velasco– en la que la fuerza persecutora está siempre en busca de un enemigo que nunca encuentra y del cual en el momento menos pensado recibe la muerte".²⁶

25 Emilio Velasco, *Discurso pronunciado por el C. Emilio Velasco en la sesión del corriente sobre la cuestión de Guerrero*, México, 1871, p. 15.

26 Manuel Rivera, *op. cit.*, p. 486.

En la ciudad de México el general Mariano Salas, comandante del departamento de México, protestó en contra del Plan de Ayutla, mientras que los *ayuntamientos* y autoridades de todo el país, no deseando incomodar a Su Alteza Serenísima, se opusieron al movimiento. El gobernador de Querétaro, general Barasorda, llamó a Álvarez “la Pantera del Sur”. José Julián Gutiérrez, prefecto de Jalapa, pronunció un discurso en que llamó a Álvarez mal mexicano, enarbolador de una bandera anárquica y traidora, una bandera ligada a los enemigos extranjeros que pretendían detener la marcha majestuosa de la administración. Los periódicos del gobierno estimaron la revuelta de poca importancia debido a la falta de prestigio de aquellos que la proclamaban, y agregaron que Álvarez, desesperado, se estaba fortificando en su hacienda. Sin embargo, misteriosamente el movimiento se extendió hasta Michoacán.²⁷

Santa Anna tomó el mando personal de un ejército bien equipado de más de 5,000 hombres y el 16 de marzo de 1854, partió al sur, acompañado de Santiago Blanco, ministro de guerra, quien manifestó a la prensa que Su Alteza Serenísima partiría por un mes en inspección personal de los asuntos del departamento de Guerrero. La marcha del dictador hacia el sur consistió en una serie de vítores arreglados previamente hasta que llegó a Chilpancingo el día 30, para ser saludado y felicitado por el general Ángel Pérez Palacios y el general Miguel Blanco, y hospedado en la casa de Nicolás Bravo. La única nota discordante en el trayecto fue el fiero ataque de Faustino Villalba en el banco del río Mezcala, ataque que falló no obstante, y que sirvió nada más para detener el avance del formidable ejército de Santa Anna, aun

27 Bancroft, *op cit.*, p. 650; Rivera, *op. cit.*, pp. 491 y 492; Tomás Sánchez Hernández, “Las operaciones militares como consecuencia de la proclamación del Plan de Ayutla hasta el triunfo de la revolución liberal”, en *Plan de Ayutla*, México, 1954, pp. 149 y 150. Para una excelente presentación de los aspectos geográficos del Estado de Guerrero y de los territorios circunvecinos en el sur véase el trabajo de José Guadalupe Romero: *Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán*, México, 1862.

cuando le causó serios daños. No obstante, habría serios acontecimientos por venir y dio a los soldados de la planicie una muestra de la bravía de los guerreros sureños que blandían sus terribles y fulgurantes machetes y daban fieros gritos de batalla.²⁸

Santa Anna dejó Chilpancingo el 9 de abril y partió rumbo a Acapulco. Encontró poca resistencia hasta que llegó al paso de Cajones, punto ocupado por rebeldes, y aún allí sus enemigos huyeron con rapidez, siguiendo tácticas que usarían durante la campaña entera. No obstante, en la cañada de El Coquillo, el 13 de abril enfrentó dura resistencia y perdió siete hombres, además, de que nueve resultaron heridos. En las filas insurgentes, el coronel Villarreal resultó herido y los comandantes de dos compañías, José Miguel Indart y Nicolás Vargas resultaron capturados. La unidad de caballería de Santa Anna, conocida como "Brigada Blanco" persiguió a los rebeldes que huyeron de El Coquillo, los atrapó en Dos Arroyos y, de nuevo, los derrotó. Estos acontecimientos resultaban de poca importancia, pero la prensa de la capital lo publicitó como grandes triunfos de Santa Anna sobre el miserable bandido de Álvarez. Lo que pasaba en realidad, no obstante, debió haberle servido de advertencia al dictador, pues tan pronto sus tropas marcharon hacia Acapulco, las bandas rebeldes ocuparon los puntos fuertes de la retaguardia de su ejército y les resultó difícil mantener el contacto con la capital.

Álvarez, con sus principales fuerzas, abandonó El Coquillo y se dirigió a Acapulco, utilizando tácticas dilatorias y esperando que las enfermedades empezaran a diezmar a los invasores. Las fuentes gubernamentales reportaban una serie consecutiva de victorias para Santa Anna cada vez que penetraba en territorio enemigo y caracterizaban la posición de Álvarez como desesperada debido a las

28 Rivera, *op. cit.*, pp. 492 y 493; Bancroft, *op. cit.* p. 651; Sánchez Hernández, *op. cit.*, p. 151.

deserciones declarando que su “ejército consistía de hombres que estaban obligados a pelear”. Esto, no obstante, eran buenos deseos y describen la situación de Santa Anna al correr los días.²⁹

En lugar de progresar hacia el objetivo, los hombres al mando de Santa Anna no estaban contentos. Zamacois da las razones por las que no lo estaban: Para el historiador español las tropas de Santa Anna enfrentaban un enemigo invisible que diezmaba sus filas sin ruido ni ostentación. Este enemigo, decía el historiador, era el más invencible defensor de las montañas del sur; se trataba del clima mortal que arremetía contra las filas santanistas con enfermedades, debilitamientos, fiebre, fatiga y muerte.³⁰

El flanco derecho de Santa Anna estaba resguardado por una columna de 400 hombres bajo el mando del coronel Francisco Suárez quien siguiendo el plan del gobierno, marchó a la Tierra Caliente hacia la propiedad de Juan Álvarez conocida como La Providencia a la que se suponía que llegarían el 24, para así tomar posiciones a poca distancia del noreste de Acapulco. Sólo que Suárez no era capaz de seguir órdenes, y en la cima de la Calera fue detenido por el hijo de Álvarez, el coronel Encarnación Álvarez, a la cabeza de 500 hombres. El ejército del general Luis Noriega llegó a su objetivo en Ayutla, hasta el 12 de abril y recibió órdenes de continuar su marcha hasta Acapulco, lo que no pudo realizar, pues carecía de raciones suficientes para los hombres bajo su mando y de forraje para las bestias, lo que le obligó a

29 Zamacois, *op. cit.*, t. XIII, p. 757.

30 Sánchez Hernández, *op. cit.*, p. 152. Justo Sierra se refiere a Encarnación Álvarez como “el más inteligente” de los dos hijos de don Juan, un hombre, de raíz, adicto al más avanzado liberalismo, corriente a la que se había adherido y estaba saturado del pensamiento liberal por su estancia en Francia. Es fácil advertir, sin embargo, que Diego era el favorito de don Juan. Rara vez se refiere en su correspondencia a Encarnación, aun cuando es rara la que se encuentra que haga referencia a Diego. Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, 1905, p. 84.

marchar durante 48 horas sin agua ni comida antes de llegar a Ayutla.³¹

Mientras tanto, Comonfort venía trabajando desesperadamente en acondicionar el Fuerte de San Diego para la batalla. Tres meses antes, el inspector gubernamental, Manuel Aljobín, había encontrado que carecía de lo necesario para la guerra: municiones, equipo, e incluso un cañón capaz de disparar tres veces sin interrupción. Estimaba que costaría 72,000 pesos para los arreglos indispensables, pero Comonfort en tres meses había hecho milagros; y cuando Santa Anna apareció frente al puerto el 20 de abril y exigió la rendición, Comonfort le respondió con balas de cañón.

Santa Anna, al saber que no podía intimidar a Comonfort, situó sus tropas más allá del alcance de los cañones y elevó banderas blancas en sus filas delanteras en un intento por negociar con los rebeldes. Pero, Comonfort se encontraba tan confiado que ordenó a sus hombres disparar sobre las banderas. Furioso Santa Anna lanzó un ataque con 900 hombres, la mayor parte de la región de la Costa Chica, sólo que los defensores, al esperar el ataque en cuatro pequeñas y distantes fortificaciones, llamadas Álvarez, Moreno, Comonfort y Solís, repelieron a los atacantes después de cuatro horas de fiera batalla. Esto fue suficiente para convencer a Santa Anna de que no podía coger a Comonfort por sorpresa, y sabedor de que un sitio prolongado provocaría su ruina, dado que el clima resultaba mortífero, sus raciones bajas y sus comunicaciones rotas con el interior, tomó la determinación de atemorizar a Comonfort para lograr su rendición. Con ese fin, envió al general Manuel Céspedes con el mensaje de que a menos que se

31 Portilla, *op. cit.*, pp. 75-82; Sánchez Hernández, *op. cit.*, p. 152; Rivera, *op. cit.*, p. 498; Zamacois, *op. cit.*, t. XIII, pp. 754-763. Álvarez estaba tan indignado de la ejecución de Vargas y de Indart que intentó fusilar a dos de los prisioneros cautivos, Zambonino y Holzinger, pero cedió ante el argumento de Comonfort que sería un acto sin sentido, a la luz de que habían tomado prisioneros en tiempos de paz. Zamacois, *op. cit.*, t. XIII, p. 764.

rindieran en un plazo de doce horas la fortaleza sería tomada por la fuerza.

Céspedes trató con toda seriedad de que Comonfort se comprometiera, rogándole que evitara el derramamiento de sangre y ofreciéndole a través de la agencia de la Casa Escandón, una “mordida” de 100,000 pesos, si cedía la plaza, ostensiblemente con el propósito de que recuperara sus pérdidas financieras. Comonfort le informó que la decisión la tenía su superior, el general Álvarez, y que las hostilidades deberían seguir. Álvarez retrasó su respuesta, en espera de que pasara el tiempo, y el día 26, ante la total sorpresa de la guarnición situada dentro del fuerte de San Diego, Santa Anna levantó el sitio e inició su retirada hacia la capital. Un grupo que salió a efectuar un reconocimiento sólo encontró los cuerpos horriblemente mutilados de Indart y Vargas, a quienes el dictador sujetó a una inquisitoria corte marcial el día anterior y ejecutó la víspera de su salida.³²

Anselmo de la Portilla señala que resulta triste que Álvarez no hubiese atacado a Santa Anna durante los siete días que estuvo en Acapulco, pues de haber tomado ventaja de las condiciones del terreno habría infringido una completa derrota mientras atacaba el fuerte. Así Santa Anna no hubiera regresado a la ciudad de México y se ahorraría mucha sangre. Portilla explica la inactividad de Álvarez al decir que el viejo general estaba en cama enfermo con una dolencia en sus piernas que le evitaba incluso caminar.

Olavarría, al defender a Álvarez de aquellos que lo acusan de estupidez o ineptitud por no atacar a Santa Anna en Acapulco explican, con sencillez, que al hacerlo así Álvarez revelaría la verdadera condición de sus fuerzas; Santa Anna dirigiría el ataque sobre Comonfort y además hubiera derrotado a Álvarez, cuyas tropas en una

32 Anselmo de la Portilla, *op. cit.*, p. 88; Olavarría y Ferrari, *op. cit.*, p. 838; Antonio Gibaja y Patrón, *Comentario a las revoluciones de México*, México, 1934, t. IV, p. 17.

batalla abierta, toda vez que eran inferiores en número a las de Santa Anna, resultarían fácil destruirlas. Olavarría destaca que al ensalzar a Comonfort se trata mal a Álvarez; pues una cosa es pelear y otra es saber cuándo no pelear. Las tácticas de Álvarez le hicieron temer a Santa Anna enfrentar una fuerza mayor a la propia y precipitar la misteriosa retirada que Gibaja y Patrón atribuyen a la “mano oculta que dirige la política y las revoluciones de México”, la mano que ordena no estorbar el progreso de la revolución.³³

La retirada tan intempestiva de Santa Anna ocasionó que los rebeldes no pudieran tomar la debida ventaja de la misma. Álvarez mandó a Moreno atacar la retirada del enemigo y a su hijo, Encarnación Álvarez, adelante a través de las montañas para tomar posiciones en las pendientes de El Peregrino y vislumbrar el angosto paso que separaba a este cerro de la gran montaña llamada El Coquillo. A través del pequeño desfiladero el río Omitlán ve forzada su corriente y a través del mismo paso las tropas de Santa Anna intentarían su escapada.

En la mañana del 30 de abril de 1845, los soldados de Santa Anna, muy cansados, iniciaron el peligroso pasaje. De pronto enfrentaron a las fuerzas del coronel Encarnación Álvarez quien parapetado desde una cresta, peleó fieramente con Santa Anna por más de tres horas, obligándolo a retirarse y forzándolo a formar su artillería como si se tratara de una batalla mayor. El general Moreno, persiguiendo sin cesar al enemigo por la retaguardia, escuchó el tronar de los cañones y se

33 Sánchez Hernández, *op cit.*, p. 158; Rivera, *op. cit.*, p. 499; Anselmo de la Portilla, *op. cit.*, pp. 89-92. La política de Santa Anna de devastar la zona rural en su marcha a Acapulco dio como resultado la pérdida de sus animales de carga y de sus caballos por inanición. Además de que la captura de los animales que sobrevivieron fue el golpe final a sus fuerzas.

Santa Anna había señalado 5' 10" como medida mínima para los soldados mexicanos (1 m. 77 cm.). Los sureños eran más bajos de estatura.

apresuró a auxiliar a sus compañeros quienes se encontraban en desiguales condiciones de lucha frente al enemigo. Lanzó a las tropas del coronel Diego Álvarez y del coronel Miguel García en contra del enemigo atrincherado en las alturas de Agua del Perro y después de una batalla de cerca de dos horas tuvo éxito en desalojarlos de la ventajosa posición que tenían. Tan fiera resultó la batalla que el mismo Santa Anna tuvo que montar su caballo y dirigirse a subir las cuestas para escapar de ser atrapado por las tropas que atacaban la retaguardia. En esta batalla los rebeldes utilizaron armas de acero y dejaron en el corazón de sus enemigos un temor que jamás olvidarían a los “pequeñitos” hombres del sur.

Santa Anna perdió en El Peregrino unas 360 bestias cargadas con provisiones, municiones, armas y equipo. Estos animales, junto con 34 caballos de montar y la comida que también se llevaron fueron entregados a los vecinos de la zona cuyas casas y edificios habían sido reducidas a cenizas por la perfidia de Santa Anna.³⁴

A pesar de sus pérdidas, Santa Anna proclamó, no obstante, que las fuerzas gubernamentales habían obtenido una gran victoria, pues su ejército había roto las líneas enemigas. Sin embargo, se le olvidó que fueron los *sureños* quienes permanecieron dueños del campo de batalla y poseedores de un enorme botín, el que jamás se le ocurrió recoger. Su más vehemente deseo era salir, lo más pronto posible, de aquella parte del país, y el hecho de que había perdido otras preciadas cien mulas de carga en el Mezcala, cuando Faustino Villalba lo atacó, aumentaron sus motivos para echar un vistazo a la capital y a la seguridad que ésta le representaba. Entró a Chilpancingo el 4 de mayo, tomó su tiempo para situar los destacamentos cerca de las poblaciones y con su estado mayor y tropas seleccionadas partió rumbo a la ciudad de México tres días más tarde. El 16 de mayo de 1854, entró a la capital pasando por

34 Sánchez Hernández, *op. cit.*, p. 158; Bancroft, *op. cit.*, p. 652; Portilla, *op. cit.*

el arco del triunfo, mostrando el enigmático cuadro de un conquistador con las manos vacías.³⁵

La campaña resultó un fiasco; pero Santa Anna era incapaz de reconocerlo. De nada vale buscar en sus *Memorias* la explicación de su apresurada retirada de Acapulco. Todo lo que hizo fue vituperar en contra de la persona de Juan Álvarez quien inició las complicaciones exactamente “cuando ya todo marchaba bien”. Resume su expedición en unas cuantas palabras que dejan mucho qué desear:

...En armas el sur al querer de Álvarez, el gobierno supremo cumpliendo con sus deberes se ocupó de reprimir la sedición en su origen. Para el mejor y más pronto término me encargué de la expedición; además deseaba conocer prácticamente las ponderadas montañas del sur y marché con cuatro mil hombres y algunos cañones de montaña... Álvarez en sus madrigueras, y a su modo, se preparó a recibirme. A ser otro, me hubiera puesto en apuros en las formidables posesiones del Coquillo y El Peregrino; pero su ignorancia y falta de valor, hizo fácil su derrota. Recorrí aquellas asperezas hasta el puerto de Acapulco sin que el fanfarrón volviera a presentarse. Destiné fuerzas en su persecución y regresé a la capital sin novedad, a donde las ocupaciones importantes del gobierno me llamaban.

Pronto el sur se convirtió en un hervidero de bandas de guerrilleros bajo el mando de hombres como Juan Antonio, Juan de Nava, José María González, Martín Ojendiz, Pascual Ascencio Torres y muchos otros. Aparecieron como por arte de magia de las cuevas de las montañas y se unieron a Faustino Villalba, quien se volvió el terror del enemigo en la región del río Mezcala. En la Tierra Caliente, sólo los líderes del gobierno, Berdeja y Tabares, pudieron mantenerse firmes. De esta manera, las fuerzas de Álvarez crecieron hasta que controlaron el territorio de Tecpan hasta Acapulco y hasta Ayutla, en donde el general Noriega se vio obligado a rendirse el 3 de mayo ante el alcance de Álvarez y Villarreal. Sólo que los rebeldes carecían peligrosamente de municiones y pertrechos, con lo que su entusiasmo de poco servía.³⁶

35 *Ibid.*, p. 158.

36 Anselmo de la Portilla, *op. cit.*, p. 110.

Los duros guerrilleros no siempre fueron una bendición para la causa de los insurgentes. Muchas veces, sin disciplina, y desdeñosos de la autoridad, saqueaban y pillaban y se convirtieron en fuente de aflicción para Álvarez quien incesantemente les dictaba las más enérgicas órdenes a sus líderes de que respetaran la propiedad privada por donde pasaran y además que ordenaran a sus subordinados que dieran recibos de los bienes que tomaran del pueblo para el sostenimiento de sus hombres. Con lo anterior, pensaba ganar la confianza en el gobierno que se establecería una vez que la revolución terminara.³⁷

Gordiano Guzmán, viejo revolucionario de la guerra de independencia, había iniciado una revuelta en Michoacán en defensa del Plan de Ayutla, pero lo persiguió la mala suerte y al ser tomado prisionero por el coronel Cosío Bahamonde, fue ejecutado el 11 de abril de 1854. En su lugar surgieron líderes guerrilleros como Santos Degollado, Antonio Díaz Salgado, Epitacio Huerta y Manuel García Pueblita, quienes con sus excesos ocasionales le dejaron a la revolución una reputación dudosa y le causaron graves preocupaciones a Juan Álvarez. Sin embargo, la revuelta se inició en Michoacán y traspasó fronteras y se había prendido la mecha en el Departamento de México. Al mismo tiempo, en el lejano norte, Nuevo León y Coahuila se alinearon con los insurgentes y Vidaurri daba los primeros pasos para asegurar su lucha contra el centralismo.³⁸ En fin, el 5 de junio de 1851, Santa Anna reconoció la insurgencia y advirtió a los departamentos, distritos, ciudades y pueblos que desertaran, que quedarían sujetos a la ley marcial y sus habitantes sujetos a la ley contra conspiración. El reino del terror ya establecido, iba a tener, desde este momento, un ritmo creciente y le daría a México días de indescifrable horror.³⁹

37 Bancroft, *op. cit.*, p. 54; Bravo Ugarte, *op. cit.*, pp. 220 y 221; Sánchez Hernández, *op. cit.*, p. 158.

38 Bancroft, *op. cit.* p. 54.

39 Sánchez Hernández, *op. cit.*, pp. 158 y 159; M. Rivera, *op. cit.*, p. 501.

Los Villalba, padre e hijo, se habían convertido en tal amenaza para el gobierno que el coronel Félix Zuloaga, enviado a Iguala el día 12 de julio, para ver si podía romper el dominio que tenían sobre las comunicaciones del gobierno al controlar el vado del Mezcala. El general Pérez Palacios arriesgó 1,500 hombres y dos piezas de artillería en la aventura, pero el hecho de haber seleccionado a Zuloaga para dirigir la expedición se consideraba como una garantía del éxito.

Zuloaga estudió el fuerte de los Villalba en la cima del Cerro Limón y después atacó. Don Faustino Villalba fue muerto y sus hombres huyeron a las intransitables cañadas y desfiladeros de las montañas. Jesús, su hijo, al unirse a Juan Álvarez en La Providencia, juró vengar la muerte de su padre. Zuloaga fue ascendido a general por su diestra dirección en esta campaña y el gobierno en el verano de 1854, tenía confianza en la victoria. Sobre todo a la vista del hecho que los rebeldes estaban en grave necesidad de armas y municiones.⁴⁰

Impulsado por el éxito de Zuloaga, Santa Anna determinó dar golpe final a los insurgentes al capturar a Juan Álvarez y destruir La Providencia, el escondite de los dirigentes rebeldes. Para este fin el ministro de Guerra, Santiago Blanco, le ordenó al general Ángel Pérez Palacios enviara al general Severo Castillo atacar y quemar la vieja casa del general y cuartel general. Además, le ofreció una recompensa por la captura de Álvarez y sus dos hijos, Diego y Encarnación. Los generales Zuloaga y Barberena quedaron sujetos a las órdenes de Severo Castillo, el primero, marchando de Acapulco a Coyuca de Catalán, y el segundo, desde Ometepepec.

Sin dificultad, Severo Castillo llevó a cabo sus planes, aunque nunca se enteró del escondite del viejo y astuto dirigente rebelde. Sus espías le informaron que la hacienda estaba defendida por más de cien hombres bajo el mando de Encarnación Álvarez, que el lugar estaba minado y que debería estar alerta. Los rebeldes abandonaron La Providencia sin

40 Sánchez Hernández, *op. cit.*, pp. 160 y 161; Portilla, *op. cit.*, pp. 144-147.

presentar batalla y los hombres de Castillo avanzaron, con cautela, cortaron los fusibles antes de que las minas explotaran. Luego procedieron a utilizar las antorchas para quemar las casas de los trabajadores y a matar al ganado y animales que encontraron. No obstante, antes de que se retiraran los emisarios del gobierno, vieron un papel prendido de un poste en la propiedad en ruinas. El mensaje era ominoso: "Tiemblen asesinos e incendiarios. Nos veremos pronto".⁴¹

El general Severo Castillo, viendo que su campaña se coronaba con el éxito, sugirió que Zuloaga avanzara a Coyuca de Benítez y cortara a Acapulco por la Costa Grande, de cuya región recibía la mayor parte de sus pertrechos; pero el general Tomás Moreno, al reconocer el propósito de la marcha de Zuloaga, lo encontró valientemente el 9 de diciembre en un punto conocido como Calvario. Los rebeldes fueron obligados a retroceder de sus ventajosas posiciones, un trago amargo para Moreno quien reportó que había tenido que retroceder de tan ventajosa posición por falta de municiones. Señaló, además, que si hubiera tenido suficiente equipo al día siguiente hubiera derrotado al enemigo. La causa rebelde no tenía esperanza en aquel momento, pero la ayuda estaba a la mano. El día 7 de diciembre, Comonfort llegó a Acapulco con municiones, dinero y asesores militares traídos de los Estados Unidos.

El gobierno, en exceso de confianza para este momento, había distribuido sus fuerzas sobre un territorio demasiado grande. Severo Castillo regresó de Buenavista el día que Zuloaga derrotó a Moreno. No podía saber que el 13 de diciembre, Zuloaga, siguiendo sus órdenes de ir a Tecpan, se situaría cara a cara con los ejércitos combinados de Moreno y Álvarez en la Hacienda de Nuxco. Allí, incomunicado del cuartel general en Chilpancingo y además sitiado, sin suministros o suficientes municiones, su comandancia diezmada por deserciones y

41 Sánchez Hernández, *op. cit.*, p. 162; Portilla, *op. cit.*, p. 163; Bravo Ugarte, *op. cit.*, p. 221. El gobierno había cambiado sus planes sin informarle a Zuloaga y dejándolo a su suerte. Devolvió un prisionero sabiendo que eso significaba la muerte sólo que Álvarez, contrario a la práctica del gobierno, le salvó la vida, *op. cit.*, p. 528.

sin esperanza de obtener socorro, peleó, con valentía, por 37 días hasta que el coronel Francisco Rosendo Moreno, al darse cuenta de su situación desesperada y teniendo la confianza de Álvarez, reunió a los oficiales de la brigada y les preguntó, con franqueza, lo que pensaban que debería hacer. El resultado fue que el 18 de enero de 1855, se separaron de la autoridad de Santa Anna y se pusieron bajo las órdenes de Juan Álvarez dispuestos a servir la causa de la libertad.⁴²

Allí en Nuxco, Álvarez, de nuevo, reveló el espíritu de magnanimidad en sus tratos con el enemigo. Vio rápidamente que podía acabar con la brigada de Zuloaga con un ataque directo, pero quería evitar derramamiento de sangre. Por ello, formuló una proclama a sus propios hombres, llamándoles la atención sobre la penosa situación de las tropas de Zuloaga, abandonadas cuando estaban más necesitadas, por un tirano que no le importaba si vivían o morían. Así agregó:

Surianos: Yo vengo con los brazos abiertos para recibir en ellos a cuantos busquen protección y libertad; vengo a impedir el derramamiento de sangre preciosa porque es la de nuestros hermanos: vengo, en fin, a restituir tantos padres, hijos y esposos al seno de sus familias que hoy lloran en la orfandad. Sed vosotros generosos, y proteged a todo el que se os presente buscando su libertad, sin acordaros de que haya pertenecido a las filas enemigas, y entonces decid que me ayudáis eficazmente...

De este modo, concluía Álvarez el párrafo señalando que así empeñaría “más y más mi gratitud con tal conducta”.⁴³

Álvarez indicó, también, su fe completa en que Dios estaría de su lado. Afirmó que para ganar no tenían que recurrir a la barbarie. “Nuestra causa ha de triunfar porque es la causa de la justicia, y la Divina Providencia la protege desde el cielo”. Entonces, procedió a enumerar las evidencias que apoyaban su dicho: la retirada de Santa

42 Portilla, *op. cit.*, apéndice número XIII, p. 42.

43 *Ibidem.*

Anna como cabeza de 600 hombres en abril; en octubre, la pérdida completa de tres botes que bloqueaban el puerto de Acapulco con motivo de un huracán; y la imposibilidad del gobierno de hacerse de otros barcos que había contratado en el norte. En el mismo espíritu continuó su alocución:

En todo esto, y en mil cosas más, veréis la mano de Dios protegiendo la causa de los libres; debemos por lo mismo ser, si bien valientes y entusiastas en medio de la pelea, generosos siempre y magnánimos con nuestros hermanos.

¡Defensores de la libertad! Estos son mis votos, esta la conducta que os marco...⁴⁴

A los hombres de la Brigada de Zuloaga el general Álvarez les dio el siguiente mensaje:

¡Nobles y valientes veteranos! Vuestra suerte pesa sobre mi corazón, porque sois mexicanos, porque sois valientes; y semejantes títulos bastan para que os ame como a un padre, el viejo soldado de la independencia.

Muchos de entre vosotros se me han presentado ya, y han hallado alivio, libertad y protección. Estos mismos me han descrito vuestro verdadero estado; y al comprenderlo no puedo menos que suspender el combate en que vuestra sangre ha de derramarse.

También les rogó que se le acercaran sin miedo. Se le unirían para pelear por la libertad; podrían asentarse en un pedazo de tierra en el sur; o bien podrían escoger si preferirían unirse a sus familias. En cualquier caso les brindaría ayuda. Después de resaltar el egoísmo de Santa Anna y la ingratitud que les merecería haber derramado su sangre en una causa tan poco noble, les preguntaba si se permitirían a sí mismos ser traicionados tan miserablemente.

¿Cuál fue el resultado de un toque tan poderoso dirigido al sentimiento? La incorporación del ejército de Zuloaga a su propia organización.⁴⁵

44 *Ibid*, número 14.

45 Portilla, *op. cit.*, pp. 184 y 185.

En febrero de 1855, las únicas poblaciones de importancia que permanecían en poder del gobierno eran Chilpancingo y Chilapa, y el 26 de febrero esta última cayó bajo el mando de Álvarez. El ejército victorioso se trasladó a Chilpancingo y se detuvo en Mazatlán, a cuatro leguas de distancia. El crecimiento de la fuerza de la rebelión era algo evidente, en especial, en el número de hombres que Álvarez podría enviar en contra del ejército de ocupación; él mismo lideraba 2,500 hombres; a su retaguardia marchaba su hijo Diego con otros 1,000 y entre Tixtla y Chilpancingo, Jesús Villalba tenía otros mil. Estas fuerzas combinadas, de cerca de 5,000 hombres con 8 piezas de artillería, además del hecho de las guerrillas al mando de Camaño, los Nava y otros líderes podrían ser llamados en el instante en que se deseara, hacían que la toma de la orgullosa ciudad de los Bravo (Chilpancingo) fuera cosa segura si es que Álvarez se decidía a utilizarla.⁴⁶ Pero deseoso de evitar derramamiento innecesario de sangre, intentó atraer la guarnición a su casa mediante una proclama que refutara al mismo tiempo el rumor esparcido por el gobierno de que intentaba quemar la ciudad.

Llamó su atención sobre el hecho de que la fuerza incluía a los hombres que formaban la brigada de Zuloaga y que él podría acabar con la resistencia si decidía considerarlos como enemigos. Por que sacrificarse a sí mismos cuando, incluso muriendo, como le sucedió al coronel Cosío Bahamonde, ganando nada de Santa Anna más que calumnias y escarnio y ser considerados como infames traidores.

El general de división Juan Álvarez, el jefe del Ejército Restaurador de la Libertad, a la guarnición de Chilpancingo.

De muchos años atrás me conocéis; ociosas por lo mismo serían protestas, por mi parte, de la rectitud de mis intenciones y del amor tierno que os profeso, cuando una cadena no interrumpida de hechos os enseña, que desde la independencia acá no he cesado de luchar por vuestra libertad primero, por vuestro bien y prosperidad después; cuando los acontecimientos que de un año

46 *Ibid.*, apéndice, número 17.

a ésta parte han pasado por vuestros ojos, os demuestran de una manera patente, que libertaros de un yugo infame, y salvar de su ruina a nuestro infortunado país fueron los únicos móviles que me impulsaron a levantarme contra la odiosa administración del general Santa Anna; y cuando por fin una edad avanzada y mi salud achacosa os están diciendo que mis actos son los últimos esfuerzos de un patriota que pelea sin otra ambición que la de bajar con una conciencia tranquila al sepulcro que de cerca, y la de dejar una memoria grata entre sus conciudadanos...

Al referirse a las mentiras del dictador respecto del supuesto plan para destruir la ciudad:

A vosotros mismos se os quiere hacer creer que yo vengo a este pueblo a ejercer venganzas y arrasarlo: ¡tan infames son como cobardes los que así la dicen!, tan necios que se olvidan que vosotros sois surianos, y que yo en vez de destruir, daría mi vida defendiendo la más insignificante de vuestras chozas.

Agregó que reconocía que estaba a la cabeza de tropas numerosas pero les explicó que “todos esos elementos de fuerza están destinados a protegeros”.⁴⁷

Para completar su alegato por la paz, escribió al general Ángel Pérez Palacios, quien le había servido lealmente durante la guerra contra los Estados Unidos pero que ahora formaba parte del gobierno como comandante en jefe de las fuerzas gubernamentales del sur, para decirle:

No he asesinado a mis compatriotas ni a los que he tomado prisioneros con las armas en la mano, ni he incendiado las habitaciones que daban sombra a las familias, ni a éstas por mi mano he reducido al infortunio, ni en fin me he

47 *Ibid.*, apéndice, número XIX. Álvarez sin duda decía la verdad cuando se dirigió a los soldados del gobierno en Chilpancingo. Ellos estaban de acuerdo con el hecho de que hubiera resultado una tontería traicionarlos. Los habitantes de Chilpancingo le conocían por décadas. Mentirles hubiera hecho que perdieran la confianza que en él tenían depositada. El general Pérez Palacios sabía que decía la verdad lisa y llana. Tan bien lo conocían los tres grupos que apartarse de la verdad hubiera sido una estupidez. El que se hubiera sentido libre de escribir lo que escribió es un fino testimonio del trato franco y leal que tuvo con todos los involucrados.

extraviado del sendero recto para satisfacer venganzas que no tengo, para hacerme de riquezas que no he conocido, ni puestos culminantes a que jamás he aspirado; y así mis conciudadanos todos me han visto empuñar la espada cuando mi patria ha peligrado, y arar el cano en días menos turbulentos para buscar a mi familia un sustento que ahora ya no tiene, porque mis pequeños bienes han desaparecido.⁴⁸

El acercamiento del poderoso Ejército Insurgente a Chilpancingo hizo que el 26 de febrero de 1855, Santa Anna, otra vez, retornara al campo personalmente, pero sólo pudo llegar hasta Iguala, desde donde envió órdenes para reforzar tropas en el vado del Mezcala que había sido atacado por Jesús Villalba. Santa Anna quería preservar una puerta de escape para sus hombres en Chilpancingo y a través de los puntos sostenidos por Villalba poder pasar.

El dictador estaba viendo la “lumbre en los aparejos”. Su plebiscito de diciembre le había dado un ostensible voto de confianza, pero a pocos habían engañado con tal medida. Es cierto que el voto del primer día en la ciudad de México había sido 12,452 a 1 en su favor, en Oaxaca sólo dos votos en su contra, mientras que en Veracruz el apoyo a Santa Anna había sido unánime. Sin embargo, lo que sucedía en San Luis Potosí revela, de manera más real, la turbulencia de la nación. Debido a que algunos votaron por Álvarez, el comandante general recibió una comunicación de fecha 11 de diciembre de 1854, en la que se le informaba que con sorpresa e indignación Su Alteza Serenísima había visto que algunos individuos, con ánimo anarquista y además insultando, con escandalosa impudicia a la suprema autoridad de la nación habían osado votar por Juan Álvarez, líder de los rebeldes. Como consecuencia Su Alteza Serenísima había ordenado que todos aquellos que hubieren votado deberían ser llevados a juicio y acusados

48 Olavarría, *op. cit.*, p. 855; Portilla, *op. cit.*, p. 187. Porfirio Díaz señala cómo él en Oaxaca votó por Álvarez en el plebiscito de Santa Anna y los enemigos que combatió. Véase *Archivo del general Porfirio Díaz*, México, 1947, p. 46. Olavarría, *op. cit.*, p. 855; Portilla, *op. cit.*, p. 187.

de conspiración, dado que ellos habían demostrado su adhesión a la rebelión.⁴⁹

Para la primavera de 1855, la rebelión habría crecido como una inmensa bola de fuego, cuyas tizas se esparcieron por todo México generando ámpulas en donde cayeron. Ésta fue la política que Comonfort importó de los Estados Unidos. Entre más daño causaban los rebeldes menor era el equipo de batalla que el gobierno tenía para contrarrestarlo y mayores eran las atrocidades que cometía el supremo gobierno.

Para enero, el comandante general de Iguala, Simón Ramírez, había recibido indicaciones de dar un ejemplo a los rebeldes. Los pueblos deberían ser arrasados y todos los individuos que hubieran tomado parte en la rebelión, ejecutados. Los insurgentes habían tomado medidas semejantes aun cuando en el criterio de Zamacois con una diferencia: entre los rebeldes aquellos que cayeron en excesos lo hicieron contraviniendo las órdenes dictadas por Álvarez, mientras que entre las filas del dictador los excesos de las tropas se cometieron en contra de la opinión de los funcionarios y en base a las órdenes del gobierno.

Así el 6 de marzo, con precisión, el día anterior al que Santa Anna y Santiago Blanco dejaron Iguala para marchar a la capital, el general Simón Ramírez recibió órdenes de colgar a todos los rebeldes que encontrara para dejar sus cuerpos en los árboles a lo largo del camino; arrasar los pueblos y *haciendas*, quemar todas las semillas para la siembra y destruir todo el ganado y otros medios de subsistencia. Tampoco se negó Santa Anna a tomar medidas en contra de la ciudad de México. Ordenó, desde Iguala, que Muñoz Ledo, Riva Palacio, Manuel Payno y Furlong salieran de la ciudad de México, y en el caso

49 Portilla, *op. cit.*, pp. 166 y 189; Zamacois, *op. cit.*, t. XII, pp. 23 y 24; Sánchez Hernández, *op. cit.*, p. 162.

de que se aprehendiera a don Antonio Haro y Tamariz, se le debería ejecutar de inmediato.

Debido a las acciones de Santa Anna es que la revolución de Álvarez fue calando en México y que lo llevó a ocupar un lugar muy especial en el corazón del pueblo mexicano.⁵⁰

Álvarez se retiró de Chilpancingo a la solicitud formulada por el jefe de la ciudadanía que le rogó no sometiera a la población a un sitio. Cumplió con la petición tanto por respeto a la ciudadanía como para evitar derramamiento de sangre. Sabía que esto dañaría su fama de guerrero, pues el gobierno haría todo lo posible para desvirtuar el hecho. Álvarez hizo a un lado cualquier consideración personal y se retiró. El gobierno estaba buscando quién podría ser “el chivo”, y así todas las baterías de la crítica se tornaron en contra de Pérez Palacios por no atacar a don Juan Álvarez, y para colmo de males de aquél tuvo que ceder el mando al general Marcial Lazcano quien lo tomó el lo. de mayo de 1855.

Lazcano obedeció las órdenes de sus superiores al pie de la letra y sujetó a Tixtla a una persecución que resultó cruel y devastadora. Fue en este momento cuando Álvarez, conocedor de la naturaleza humana y de lo natural que resultaría para sus seguidores cobrar venganza, que ordenó estrictamente que nadie hiciera el menor daño a los pueblos, haciendas o individuos.⁵¹

El colapso llegó de súbito. Comonfort había sido enviado por Álvarez para reforzar la revuelta en Michoacán, y así el 26 de mayo de 1855, Zuloaga que había sido hecho prisionero desde el 18 de enero, se incorporó a Comonfort. Santa Anna fue a Michoacán, pero no logró que nadie le hiciera frente abiertamente, aun cuando fue acosado por todas

50 Portilla, *op. cit.*, pp. 190-194.

51 Portilla, *op. cit.*, pp. 207-299; véanse también los números 22, 23, 24, en *Ibid.*; Sánchez Hernández, *op. cit.*, pp. 163-165; Rivera, *op. cit.*, pp. 542-553.

partes. Se encontró con tormentas, nubarrones, niebla pero nunca apareció Comonfort.

El dictador, descorazonado y con el sentimiento de la ruina que lo perseguía, regresó el día 9 a la capital resuelto a abdicar. Mientras tanto, Comonfort había hecho retroceder a las fuerzas gubernamentales y tomó a Colima por sorpresa, forzándola a capitular el día 29 de julio. Santa Anna, al darse cuenta de que todo estaba perdido, partió el día 9 de agosto para Veracruz, tal vez para apaciguar la revuelta que allí había estallado; sólo que el documento que dejó en la capital, nombrando a su sucesor, en caso de que no regresara, no deja dudas sobre sus verdaderas intenciones.

El dictador se había ido, pero el país estaba en las angustias de la confusión y la discordia.